

William Shakespeare
Julio César

Adaptación,
introducción
y notas de
Juan Pablo Heras



ESCENA I

(Roma. Una calle. FLAVIO y MARULO tropiezan en escena con unos ciudadanos).

FLAVIO. ¡Largo! ¡A casa, inútiles, a casa! ¿Qué hacéis tan bien vestidos? ¿Es fiesta, o qué? Tú, ¿a qué te dedicas?

CARPINTERO. Yo soy carpintero, señor.

MARULO. ¿Y tú?

ZAPATERO. Yo le remiendo lo que haga falta.

MARULO. Mira qué espabilado. Zapatero remendón, ¿verdad? ¿Y por qué no estás en tu tienda? ¿A dónde llevas de paseo a estos hombres?

ZAPATERO. La verdad: a que se les gasten las suelas de los zapatos y así me den más trabajo. Y de paso vamos a ver a César y aplaudir su triunfo.²

MARULO. ¿Qué hay que aplaudir? ¿Qué conquista nos trae? ¿Qué ilustres cautivos le siguen encadenados a las ruedas de su carro? Vuestros corazones son más duros que las piedras, hombres de Roma.

2. En la batalla de Munda (45 a. C.) contra los hijos y seguidores de Pompeyo.

¿Ya olvidasteis a Pompeyo? Hubo un tiempo en el que os subíais a tapias, a torres, a ventanas, incluso a chimeneas con vuestros hijos en brazos, y esperabais sentados con paciencia el paso del gran Pompeyo por las calles de Roma. Nada más ver su carro gritabais tanto que temblaban las aguas del Tíber. ¿Y ahora lanzáis flores al que desfila sobre la sangre de Pompeyo?

FLAVIO. ¡Marchaos! Corred a vuestras casas, arrodillaos y rezad a los dioses para que no os castiguen con la peste. Reunid a todos los hombres buenos de vuestra posición y llorad juntos vuestras culpas. (*Se van todos los ciudadanos. A MARULO*). Ve por allí hacia el Capitolio. Yo iré por este camino. Desnudaremos todas las estatuas de coronas y trofeos.

MARULO. ¿Estás seguro? Hoy son las Lupercales.³

FLAVIO. No importa. No debe quedar nada que celebre el triunfo de César. Si no lo desplumamos primero, volará tan alto que nos cubrirá a todos con el miedo de los esclavos.

3. Fiesta que se celebraba en Roma cada 15 de febrero con el objeto de propiciar la fertilidad. Jóvenes nobles recorrían desnudos la ciudad y golpeaban las espaldas de las mujeres con tiras hechas con la piel de cabras recién sacrificadas, lo que favorecía sus posibilidades de concebir o culminar sus embarazos con éxito.

ESCENA II

(Una calle en Roma. Entran ANTONIO, preparado para la carrera, CÉSAR, CALPURNIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO, CASCA y un ADIVINO).

CÉSAR. ¡Calpurnia!

CASCA. ¡Eh! ¡Silencio! César habla.

CÉSAR. ¡Calpurnia!

CALPURNIA. Aquí estoy, mi señor.

CÉSAR. Ponte justo en el camino de Antonio cuando empiece a correr. ¡Antonio!

ANTONIO. ¿Señor?

CÉSAR. Antonio, no olvides tocar a Calpurnia en tu carrera. Nuestros mayores dicen que si las estériles son tocadas en esta carrera sagrada se liberan de su maldición.

ANTONIO. Lo recordaré. Cuando César dice «haz esto», se hace de inmediato.

CÉSAR. Comienza. Y no olvides ni uno solo de los ritos.

ADIVINO. ¡César!

CÉSAR. ¿Quién me llama?

CASCA. ¡Callaos todos! ¡Silencio, de nuevo!

CÉSAR. Oigo una voz que sale de la turba, más estridente que la música. Y grita «¡César!». Habla. César te escucha.

ADIVINO. ¡Guárdate de los idus de marzo!⁴

CÉSAR. ¿Quién es ese hombre?

BRUTO. Un adivino. Te advierte que tengas cuidado con los idus de marzo.

CÉSAR. Traédmelo. Quiero verle la cara.

CASIO. Amigo, ven aquí. Mira a César.

CÉSAR. ¿Qué me dices ahora? Habla otra vez.

ADIVINO. Guárdate de los idus de marzo.

CÉSAR. Es un lunático. Dejémosle. Vamos.

(Suenan fanfarrias. Se van todos menos BRUTO y CASIO).

CASIO. ¿Vendrás con nosotros a ver la carrera?

BRUTO. No.

CASIO. Ven, por favor.

BRUTO. No soy de juegos: me falta algo de ese espíritu veloz de Antonio. Pero no quiero retenerte, Casio, si deseas ir. Te dejo.

CASIO. Bruto, te vengo observando de un tiempo a esta parte y ya no veo la gentileza y el afecto que yo solía

4. En el antiguo calendario romano, se llamaba *idus* al día 15 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y al 13 de los demás meses.

encontrar en tus ojos. Tratas con distancia y dureza a un amigo que te quiere.

BRUTO. Casio, no te confundas. Si hay un velo en mi mirada es porque me observo demasiado a mí mismo. Me agobian pasiones encontradas y pensamientos que solo yo entiendo, y eso afecta, quizá, a mi conducta. Pero no quiero que eso se interponga ante mis amigos, entre los cuales, Casio, te encuentras. Es solo que el pobre Bruto está en guerra consigo mismo y olvida mostrar cariño hacia los demás.

CASIO. Dime, buen Bruto, ¿puedes verte la cara?

BRUTO. No, Casio, los ojos no pueden verse a sí mismos. Solo por su reflejo en otras cosas.

CASIO. Así es. Y es lamentable, Bruto, que no tengas espejos que te muestren los valores que te escondes. He oído hablar de ti a muchos de los más respetados en Roma (no, desde luego, al inmortal César) y todos los que sufren bajo el yugo de esta época desean que el noble Bruto abra los ojos.

BRUTO. ¿A qué peligros quieres llevarme, Casio?

CASIO. Buen Bruto, escúchame. Yo seré el espejo que te enseñará lo que no sabes de ti mismo. No desconfíes de mí, que no soy yo el típico adulator que abraza a los hombres y luego los calumnia.

(Suenan trompetas y clarines. Aclamaciones).

BRUTO. ¿Qué son esos gritos? Temo que la gente aclame a César como rey.

CASIO. Ah, ¿lo temes? Entonces no lo deseas.

BRUTO. No lo deseo, Casio, a pesar de lo mucho que le quiero. Pero ¿por qué me retienes aquí tanto tiempo? ¿Qué es lo que quieres decirme? Si atañe al bien común, por los dioses que es mayor mi amor al honor que mi miedo a la muerte.

CASIO. Lo sé, Bruto. Es el Honor el protagonista de mi historia. Yo también preferiría morir a estar bajo el temor de alguien que no sea más que un hombre. Yo nací libre como César, igual que tú. Tú y yo sabemos aguantar el frío del invierno, igual que él. Pero una vez, un día crudo y tormentoso en el que el Tíber rugía contra sus orillas, César me dijo: «¿A que no te atreves, Casio, a saltar a la furiosa corriente y nadar hasta la otra punta?». Bastó esa palabra para que me tirara, con la coraza puesta. Me siguió, y, juntos, avanzamos con nuestros fuertes músculos y competimos con nuestros combativos corazones. Pero cuando íbamos a llegar, César gritó: «¡Ayúdame, Casio, que me hundo!». Y yo, como nuestro ancestro Eneas cuando de las llamas de Troya salvó a su padre Anquises, de las aguas del Tíber rescaté al cansado César. Y este hombre se convierte ahora en un dios, y Casio en un miserable que debe inclinarse cada vez que César le mira. En Hispania tuvo

uno de sus ataques: yo vi cómo ese dios temblaba, cómo sus labios cobardes pedían agua con la voz de una niña enferma. ¡Dioses, cómo un hombre tan débil se encarama a la cabeza del mundo y se lleva la palma para él solo!

(Aclamaciones. Fanfarrias).

BRUTO. ¡Otra ovación! Parece que aplauden los nuevos honores que se acumulan sobre César.

CASIO. Venga, hombre, va por el mundo como un coloso, y nosotros como hormigas que huyen de sus pisadas. Los hombres, a veces, son los dueños de sus destinos. La culpa, querido Bruto, no está en las estrellas, sino en nosotros mismos, que vivimos como siervos. Bruto y César. ¿Por qué el nombre «César» tiene que resonar más que el tuyo? Escríbelos juntos: los dos son dignos; pronúncialos: ambos suenan bien; pondéralos: pesan lo mismo. Pero ahora Roma está encogida y tan solo queda espacio para un solo hombre. Escucha: tú y yo escuchamos a nuestros padres: una vez hubo un Bruto⁵ que hubiera preferido que en Roma gobernara el Diablo antes que un rey.

5. Lucio Junio Bruto, antepasado de Marco Bruto y legendario fundador de la República tras derrocar a los monarcas Tarquinius, con los que estaba emparentado.

BRUTO. Sé que me aprecias, no lo dudes, y sospecho a dónde quieres llevarme. Pero por ahora, te ruego, no sigas. Lo que has dicho, lo consideraré; lo que tengas que decirme, lo escucharé, cuando encuentre el momento. Hasta entonces, amigo mío, dale vueltas a esto: Bruto preferiría ser un aldeano a considerarse hijo de Roma bajo las condiciones tan duras que estos tiempos quieren imponernos.

CASIO. Me alegro de que mis débiles palabras prendan algo parecido al fuego en Bruto.

(Entran CÉSAR y su séquito).

BRUTO. Los juegos han terminado y César vuelve.

CASIO. Cuando pase, tira de la manga a Casca y él te contará (con su amargura habitual) las cosas importantes que hayan ocurrido hoy.

BRUTO. Lo haré. Pero mira, Casio. Las cejas de César arden por el enfado, y a los demás parece que les hubieran regañado. Calpurnia está pálida y Cicerón tiene esos ojos fieros de hurón que le hemos visto en el Capitolio cuando algunos senadores le contradicen.

CASIO. Casca nos contará lo que está pasando.

(CÉSAR hace señales a ANTONIO para que se le acerque).

CÉSAR. ¡Antonio!

ANTONIO. César...

CÉSAR. Quiero que todos los hombres que me rodeen estén gordos, despreocupados y bien dormidos. Ese Casio está escuálido y hambriento. Piensa demasiado: hombres como él son peligrosos.

ANTONIO. No le temas, César: no es peligroso. Es un noble romano al que nada le falta.

CÉSAR. No digo lo que temo, sino lo que debería temer, pues soy César, al que a nada le asusta. Y no conozco a nadie a quien deba evitar más que al flaco Casio. Lee mucho, es un gran observador y conoce el fondo de los hombres. No le gusta el teatro como a ti, Antonio, no escucha música, apenas sonrío y cuando lo hace se desprecia a sí mismo como si hubiera caído en una debilidad. Ese tipo de hombres no tienen el corazón en paz mientras haya otro más grande que ellos, y por eso son tan peligrosos. Ven a mi derecha, que estoy sordo de este oído, y dime lo que de verdad piensas de él.

(Clarines. Salen CÉSAR y su séquito. BRUTO tira de la toga a CASCA, que se vuelve).

CASCA. ¿Queréis hablar conmigo?

BRUTO. Sí, Casca. Cuéntanos lo que ha ocurrido. César está muy serio.

CASCA. Le ofrecieron una corona, que él rechazó con el dorso de la mano, aunque yo creo que se la hubiera puesto muy a gusto. Entonces el pueblo se puso a gritar.

BRUTO. ¿Y por qué fue el segundo clamor?

CASCA. Por eso también.

BRUTO. Gritaron tres veces. ¿Por qué fue la última?

CASCA. Por lo mismo.

BRUTO. ¿Le ofrecieron la corona tres veces?

CASCA. ¡Ya lo creo! Y las tres veces la apartó, aunque cada vez con menos fuerza. Y tras cada negación nuestros honrados vecinos le aclamaban.

CASIO. ¿Quién le ofrecía la corona?

CASCA. Antonio. Fue todo una bufonada. Cada vez que rechazaba la corona, la multitud se desgañitaba; aplaudían con sus manos callosas y lanzaban al aire sus gorros sudados. Cuando se dio cuenta de la alegría del populacho, César se abrió el jubón y ofreció su cuello para que se lo cortaran. Si yo hubiera sido uno de esos plebeyos, no hubiera dudado en cogerle la palabra. Pero ellos seguían gritando. Soltaban tanto aliento apestoso que César se desmayó y cayó al suelo. Yo no me atreví a reírme por no abrir la boca y tragarme ese aire fétido.

CASIO. Espera un momento, por favor: ¿César se desmayó?

CASCA. Se cayó delante de todos; le salía espuma por la boca y no podía hablar.

BRUTO. No es raro: padece la enfermedad de las caídas.⁶

CASIO. No es César el que está enfermo, sino tú, yo y el bueno de Casca.

CASCA. No sé qué quieres decir, pero te aseguro que César cayó al suelo. Y si la chusma no aplaudía y gritaba como hacen con los actores en el teatro es que soy un mentiroso.

BRUTO. ¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA. Dijo que si había hecho o dicho algo inadecuado le pedía a sus señorías que lo atribuyeran a su enfermedad. Donde yo estaba, tres o cuatro chiquillas decían: «¡Ay, qué bueno es!» y lo perdonaban de todo corazón. Pero no hay que tenérselo en cuenta: si César hubiera acuchillado a sus madres no hubieran dicho menos.

BRUTO. ¿Dijo algo Cicerón?

CASCA. Sí, pero en griego.

CASIO. ¿Por qué?

CASCA. Porque sus palabras no eran para decirlas a la cara. Los que lo entendieron se sonrieron unos a otros y menearon un poco la cabeza. Yo qué sé. Lo que también puedo contaros es que a Murelo y a Flavio les han cogido quitando las coronas a las estatuas de César y les han condenado a no abrir

6. Epilepsia. En el original, *'falling sickness'*, traducción literal del latín *'morbus caducus'*.

más la boca. Hubo más payasadas, pero no las recuerdo. Que os vaya bien.

CASIO. ¿Quieres cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA. No, ya tengo un compromiso.

CASIO. ¿Y comer mañana?

CASCA. Sí, si sigo vivo y la comida merece la pena.

CASIO. Muy bien. Te espero entonces.

CASCA. Vale. Adiós a los dos. (*CASCA se va*).

BRUTO. Qué grosero se ha vuelto este hombre. En el colegio era muy espabilado.

CASIO. Y lo sigue siendo cuando hay que actuar en cualquier iniciativa noble y arriesgada.

BRUTO. Tienes razón. Te dejo. Mañana, si quieres hablar, iré a tu casa; o, si quieres, ven a la mía.

CASIO. Lo haré. Hasta entonces, piensa en lo que te he dicho. (*BRUTO se va*). Bruto, eres noble, pero tu honrado metal debe ser forjado. César no me soporta, pero adora a Bruto; si yo fuera Bruto, tampoco dejaría que Casio me convenciera. Esta noche haré arrojar por su ventana cartas escritas por muchas manos, como si vinieran de ciudadanos distintos que coinciden en la misma opinión: que Roma admira a Bruto, pero sospecha de la ambición de César. Y después de eso, que César se prepare; o actuamos, o llegarán días oscuros. (*Sale*).

Si quieres leer más, solicita el texto completo a la Agencia L&L a través del e-mail hola@lylagencia.com